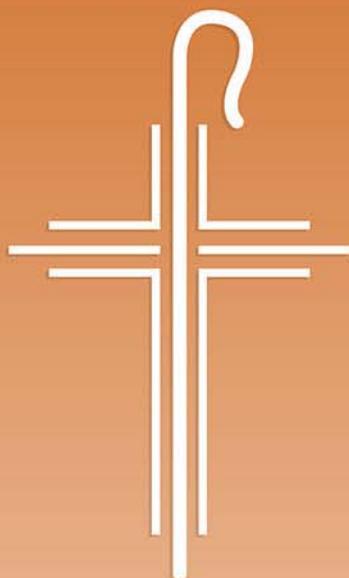


Geoff New

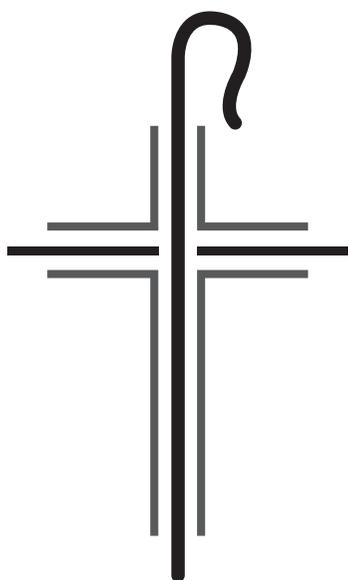


La oración
de Jesús
en la vida
del predicador



SERIE RECURSOS LANGHAM PREDICACIÓN

Geoff New



La oración
de Jesús
en la vida
del predicador



SERIE RECURSOS LANGHAM PREDICACIÓN

Para Pablo,

mi profesor, quien hace veinticinco años me enseñó a predicar, y no ha cesado de hacerlo.

Contenido

| | |
|--|----|
| Prólogo a la edición en español. | 9 |
| Prefacio | 11 |
| Cómo sacarle provecho a este libro | 17 |
| Introducción | 21 |
| Resumen del libro | 33 |

Primera parte

El Padrenuestro tal como se oyó en la vida de Jesús

| | |
|---|----|
| <i>Capítulo 1.</i> Padre nuestro que estás en el cielo | 37 |
| <i>Capítulo 2.</i> Santificado sea tu nombre | 43 |
| <i>Capítulo 3.</i> Venga tu reino | 49 |
| <i>Capítulo 4.</i> Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo | 57 |
| <i>Capítulo 5.</i> Danos hoy nuestro pan cotidiano | 65 |
| <i>Capítulo 6.</i> Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores | 71 |
| <i>Capítulo 7.</i> Y no nos dejes caer en tentación | 77 |
| <i>Capítulo 8.</i> Sino líbranos del maligno | 85 |

Segunda parte

El Padrenuestro tal como se oyó en la muerte de Jesús

| | |
|--|-----|
| <i>Capítulo 9.</i> Padre nuestro que estás en el cielo | 95 |
| <i>Capítulo 10.</i> Santificado sea tu nombre | 103 |
| <i>Capítulo 11.</i> Venga tu reino | 111 |
| <i>Capítulo 12.</i> Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo | 119 |
| <i>Capítulo 13.</i> Danos hoy nuestro pan cotidiano | 125 |
| <i>Capítulo 14.</i> Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores | 131 |

| | |
|--|-----|
| <i>Capítulo 15.</i> Y no nos dejes caer en tentación | 137 |
| <i>Capítulo 16.</i> Sino líbranos del maligno | 143 |

Tercera parte

El Padrenuestro tal como se oyó en la resurrección de Jesús

| | |
|--|-----|
| <i>Capítulo 17.</i> Padre nuestro que estás en el cielo | 153 |
| <i>Capítulo 18.</i> Santificado sea tu nombre | 161 |
| <i>Capítulo 19.</i> Venga tu reino | 169 |
| <i>Capítulo 20.</i> Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo | 177 |
| <i>Capítulo 21.</i> Danos hoy nuestro pan cotidiano | 183 |
| <i>Capítulo 22.</i> Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores | 191 |
| <i>Capítulo 23.</i> Y no nos dejes caer en tentación | 197 |
| <i>Capítulo 24.</i> Sino líbranos del maligno | 203 |
| Epílogo | 211 |
| Bibliografía | 215 |

Prólogo a la edición en español

¡Ojo, pestaña y ceja!

Con este dicho de mis ancestros,¹ quiero dirigirme a ti, lector, para recordarte que debes prestar mucha atención con tu mente y corazón a este relativamente breve libro. Se trata de una obra dirigida especialmente a pastores y predicadores, pero no necesariamente excluye a otros lectores ya que su contenido es útil para todo estudiante de la Biblia. Tal como su autor lo ha indicado, el contenido gira en torno al Padrenuestro y cómo este puede ayudar a la formación del predicador y establecer un sólido fundamento en su vida.

Cuando nos referimos a formación y fundamento, lo primero que se nos viene a la mente es la educación de jóvenes que aspiran servir a Dios en el ministerio pastoral y que tienen la vocación de la predicación de la Palabra. Pero no es así. Tal como Geoff New lo ha mencionado a lo largo de este libro, la formación y el fundamento del predicador jamás debe detenerse, es un proceso que se lleva a cabo toda una vida. Además, es un «proceso comunal», nos ha dicho New, porque la predicación es sencillamente un evento comunal donde interactúan varios elementos, entre ellos la mismísima Palabra de Dios, el predicador y la congregación.

Me he esmerado por producir una traducción del original en inglés que no solo suene a español, sino que también llegue a los corazones del lector hispanohablante. De esta manera, el Espíritu de Dios hará su obra en las mentes y corazones del lector.

¹ Parece que el origen de este dicho se remonta al Virreinato del Perú, cuya influencia lingüística no solo se limitó a las costas occidentales de Sudamérica sino a muchas regiones circunvecinas del continente.

Los antiguos, mejor dicho, los muy antiguos decían *caveat lector...*, que literalmente significa «hazle saber al lector» ... que las anécdotas de este libro te tocarán el alma y tus sentimientos. Puedo correr el riesgo de ser vulnerable por unos segundos y decirte que por más de treinta años yo también fui predicador. Lo soy ahora en calidad de semijubilado, pero la verdad es que nadie se jubila del todo del llamado del Señor. Así que, durante el proceso de traducir aquellas frases difíciles del inglés, aquellos términos polisémicos, aquellos modismos extraños y aquellos recovecos del lenguaje, pude también experimentar pequeños viajes hacia lo profundo de mi alma. Demás está decir que Geoff New también lo hizo así.

Pero, el libro no trata de la vida de Geoff New ni de mis virtudes de traductor. El libro da a conocer las propias palabras de Jesús por medio del Padrenuestro y otros relatos de los evangelios en torno a las Siete Palabras de la cruz. Serán aquellas palabras las que sondeen tu alma y te permitan lograr una mejor formación y establecer un sólido fundamento para tu vida de predicador.

Alejandro Pimentel

Prefacio

Era la mañana del 4 de noviembre de 2010. El vuelo QF32 de la aerolínea Qantas despegó de Singapur con destino a Sidney, Australia. Eran 440 pasajeros y 29 tripulantes en un avión Airbus A380, uno de los más seguros del mundo. A pocos minutos de despegar, estalló uno de los cuatro motores. El A380 tenía 22 sistemas; 21 de ellos quedaron dañados o destruidos por la explosión. Por toda la cabina se oían señales estridentes de alarma y la computadora de vuelo mostraba más de 100 códigos para que la tripulación los verificase. Nunca antes había sucedido esto. Partes del fuselaje del motor habían caído sobre casas y edificios en la isla de Batam, algunas de ellas sobre el tejado de un colegio. Una de aquellas partes mostraba el logo de Qantas (un canguro volador), lo cual produjo que se creyese que el avión se había estrellado. Durante dos horas la tripulación, junto con el capitán Richard de Crespigny, mantuvieron la nave en vuelo mientras intentaban determinar los daños hasta que lograran aterrizar en el aeropuerto de Changi. De no haber sido por la destreza del capitán y su tripulación, el incidente habría sido uno de los peores desastres aéreos del mundo.

Inspirándose en el número de vuelo, el capitán Richard de Crespigny escribió un libro en torno a aquella experiencia y sencillamente lo tituló *QF32*. Me entusiasmé por leer acerca de este drama aéreo, y cuando empecé a leerlo, inmediatamente me cautivó la crisis. A los cuatro minutos de vuelo, estalló el motor. Hasta ahí todo iba bien. El relato es fascinante e interesante. Pero, de pronto cambia por completo. Se detiene la acción. Se retrocede en el tiempo hasta llegar a la niñez y la familia de Crespigny. De hecho, el relato retrocede siglos porque el autor se dedica a explicar los orígenes de su apellido.

Me sentí decepcionado. Quería leer acerca de la crisis en pleno vuelo, y más bien ahora tenía en frente una descripción genealógica de aquella familia y su vida en Australia. Sin embargo, poco a poco me fui dando cuenta de que esta parte era necesaria para el relato. La experiencia de Crespigny muchos años antes lo habían preparado para esta emergencia aérea en noviembre de 2010. Esta parte cuenta las experiencias que lograron formarlo como persona y que establecieron el fundamento para una carrera profesional de experimentado piloto. El libro narra un incidente en el que se puede comprobar esto de una manera muy convincente.

Cuando Crespigny cumplió 18 años, se enroló en la Real Fuerza Aérea Australiana. Durante su primer vuelo de entrenamiento, el instructor le ordenó que pusiera el avión en barrena, lo cual causó que perdiera altitud rápidamente. Crespigny describe el sentimiento de terror al ver que los campos de cultivo se le acercaban mientras el avión se precipitaba sin control hacia tierra. Volteó la mirada al instructor. Este sencillamente lo miró sonriendo y cruzado de brazos sin hacer nada. No lo iba a ayudar. Le guiñó el ojo y le apuntó con el dedo. El instructor estaba enseñándole a este joven e inexperto piloto que debía respetar las leyes de la gravedad, la velocidad y el peso. Le estaba dejando un sólido fundamento en su vida. Aquel día, Crespigny aprendió que sin que importara cuán compleja fuera la nave de vuelo, el piloto debía saber volarla. Estas experiencias de la vida lo estaban formando para aquella situación impensable años más tarde en el vuelo QF32, lo cual hizo que lograra salvar cientos de vidas.

Mientras leía este relato del piloto, me vino a la mente la vida del predicador. Pensé en la manera en que Dios da forma a su vida a lo largo de los años. Pensé en aquellas experiencias de la juventud que moldean su carácter y vocación, las cuales, muchos años más tarde, se manifiestan por medio de los sermones predicados y la vida que se vive para Cristo. Me preguntaba acerca de la obra del Espíritu que nos prepara, como decía Ester, «precisamente para un momento como este» (Est 4.14). El presente libro trata sobre la experiencia de la formación.

Me impactó la dura lección que recibió el joven piloto de 18 años acerca del respeto que se le debe tener a las fuerzas físicas en pleno

vuelo. La gravedad, la velocidad y el peso ponen constantemente a prueba las habilidades del piloto. Su instructor le estaba dejando bien en claro un buen fundamento. Una vez más, su historia empezó a hablarme acerca de la historia del predicador. ¿Cuáles son las fuerzas que prueban constantemente sus destrezas? Quizá tenga a mano recursos de investigación o acceso a tecnología que pueda ayudarlo en la preparación y presentación del sermón, pero ¿qué fundamento debe conseguir? Este libro trata acerca de dicho fundamento.

La formación y el fundamento del predicador: estar consciente de ambos componentes y saber apreciarlos es algo necesario. En el ministerio de la predicación, los predicadores pueden cometer el error de concentrarse solamente en el siguiente sermón sin considerar quién es la persona que predica. Tu sermón no muestra solamente el pasaje bíblico que estás predicando; también da a conocer a quien lo predica. Es probable que tu persona no se manifieste de inmediato o en cada ocasión, pero en última instancia serás conocido. La predicación es un hecho comunal, y el carácter y la vocación del predicador serán experimentados por la comunidad por medio del sermón. No sucederá de inmediato en todos los casos, pero ocurrirá. Esta es la razón por la que la formación y el fundamento en Cristo son tan importantes para el predicador. Ninguno de los pasajeros del vuelo QF32 conocía la formación y el fundamento que recibió el capitán como piloto, pero estos dos componentes fueron los que literalmente salvaron las vidas de los pasajeros. Durante la crisis en pleno vuelo, la formación y el fundamento fueron vitales, y la verdad en torno a su vida fue experimentada por cientos de personas en aquel avión. Tú, en calidad de predicador, has recibido el encargo de predicar la palabra de Dios, y esto es un asunto de vida o muerte. Como predicador, tu formación y tu fundamento son vitales.

Para ser más precisos en cuanto a ello, cambiemos nuestra atención del relato del piloto al del predicador. En 2 Timoteo 1.3–14 el apóstol Pablo escribe al joven predicador Timoteo, a quien le recuerda su formación y fundamento. Leamos este pasaje con detenimiento:

Al recordarte de día y de noche en mis oraciones, siempre doy gracias a Dios, a quien sirvo con una conciencia limpia como lo hicieron mis antepasados. Y, al acordarme de tus

lágrimas, anhelo verte para llenarme de alegría. Traigo a la memoria tu fe sincera, la cual animó primero a tu abuela Loida y a tu madre Eunice, y ahora te anima a ti. De eso estoy convencido. Por eso te recomiendo que avives la llama del don de Dios que recibiste cuando te impuse las manos. Pues Dios no nos ha dado un espíritu de timidez, sino de poder, de amor y de dominio propio.

Así que no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni tampoco de mí, que por su causa soy prisionero. Al contrario, tú también, con el poder de Dios, debes soportar sufrimientos por el evangelio. Pues Dios nos salvó y nos llamó a una vida santa, no por nuestras propias obras, sino por su propia determinación y gracia. Nos concedió este favor en Cristo Jesús antes del comienzo del tiempo; y ahora lo ha revelado con la venida de nuestro Salvador Cristo Jesús, quien destruyó la muerte y sacó a la luz la vida incorruptible mediante el evangelio. De este evangelio he sido yo designado heraldo, apóstol y maestro. Por ese motivo padezco estos sufrimientos. Pero no me avergüenzo, porque sé en quién he creído, y estoy seguro de que tiene poder para guardar hasta aquel día lo que le he confiado.

Con fe y amor en Cristo Jesús, sigue el ejemplo de la sana doctrina que de mí aprendiste. Con el poder del Espíritu Santo que vive en nosotros, cuida la preciosa enseñanza que se te ha confiado. (2Ti 1.3–14)

Pablo anima a Timoteo a que siga profundizando su formación y fundamento en Cristo; lo hace de una manera individual y luego combina los dos elementos. Estos dos temas de la formación y el fundamento son como hebras entrelazadas que recorren toda esta parte de las Escrituras. A veces una de las hebras se separa y en otras ocasiones las dos se entrelazan. Pensemos que la formación y el fundamento son como gemelos. Son idénticos; sin embargo, cada uno tiene su propia personalidad. Con ello en mente, y para ser más claros, consideremos las distintas personalidades de la formación y el fundamento que se describen en 1 Timoteo 1.3–14.

La formación

Pablo le recuerda a Timoteo (y a nosotros) que nos dediquemos a nuestra formación avivando la llama del don de Dios que recibimos (2Ti 1.6) por medio de su Espíritu, que nos da poder, amor y dominio propio (2Ti 1.7). También, que debemos soportar y padecer sufrimientos (2Ti 1.8, 12) y confiar en quien hemos creído (2Ti 1.12). Asimismo, que, sabiendo que Dios guarda lo que le hemos confiado, también nosotros, con la ayuda del Espíritu, guardemos la preciosa enseñanza que se nos ha confiado (2Ti 1.12, 14). Esta clase de formación es capaz de edificar un sólido fundamento en nuestra vida. Tu formación de predicador es valiosa.

El fundamento

Pablo le recuerda a Timoteo (y a nosotros) las personas clave que establecen el fundamento de nuestra fe desde que somos muy jóvenes (2Ti 1.5), así como el de la salvación, la vocación y el propósito de Dios (2Ti 1.9). Igualmente, el de la gracia de Cristo Jesús que nos concedió antes del comienzo del tiempo (2Ti 1.9) y el de la sana doctrina que aprendimos de Pablo (2Ti 1.13). Estos fundamentos propician una sólida formación en nuestra vida. Tu fundamento de predicador es valioso.

Pero ¿cómo debemos ocuparnos de todo lo que está contenido en el consejo de Pablo a Timoteo?, ¿cómo ocuparnos del trabajo espiritual necesario para que nuestro carácter y vocación de predicadores pueda desarrollarse? Necesitamos un instructor de vuelo. Dicha persona podría ser un Pablo (2Ti 1.12) o una Loida o Eunice (2Ti 1.5). Sea quien fuere, necesitamos alguien en quien podamos confiar (2Ti 1.12). Puede ser que a veces nuestra vida se encuentre en una caída de barrena y sea necesario que alguien esté presente para enseñarnos a usar aquella experiencia para aprender a salir adelante y mejorar nuestro ministerio. Necesitamos de alguien que nos ayude a encontrar el mensaje de Dios en lo que pareciera momentos y experiencias irrelevantes. Necesitamos especialmente alguien que nos ayude a discernir la presencia de Dios en situaciones alarmantes, que son tan dramáticas que nos obsesionamos con la situación en vez de descubrir que siempre está presente.

Claro que dicha persona es Jesucristo. Una de las maneras en que Él se ocupa de nuestra formación y fundamento es por medio de aquella oración por excelencia, el Padrenuestro (Mt 6.9–13). Lucas nos cuenta la ocasión en la que los discípulos observaron a Jesús orar y luego le pidieron «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11.1). Este libro pide lo mismo. Escucharemos a Jesús orar el Padrenuestro. Sin embargo, Él no solo pronunció las palabras de esta oración, sino que también las encarnó. Nos damos cuenta del patrón del Padrenuestro en el patrón de la vida, la muerte y la resurrección de Jesús. En los evangelios, los discípulos se encontraron con las palabras y las obras de Cristo a lo largo de su vida, su muerte y su resurrección; haremos lo mismo al encontrarnos con el Padrenuestro. Por medio de una serie de devocionales en torno a la manifestación de este por parte de Jesús, lograremos experimentar la formación que Él nos ofrece y también establecer el fundamento de nuestro llamado a ser predicadores.

Por tanto, este libro ha sido escrito con la esperanza de que te pueda servir de ayuda para profundizar y ampliar tu carácter y llamado de predicador; con la aspiración de que tu formación logre ampliarse y se fortalezca tu fundamento.

Efesios 3.20–21

Al que puede hacer muchísimo más que todo lo que podamos imaginarnos o pedir, por el poder que obra eficazmente en nosotros, ¡a él sea la gloria en la iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones, por los siglos de los siglos! Amén.

Cómo sacarle provecho a este libro

Ya conocemos bien el Padrenuestro, quizá demasiado; por ello, es posible que ignoremos su poder y lo recitemos sin tomar conciencia de su contenido. Te invitamos a que lo consideres desde una nueva perspectiva. Sería algo parecido al ciego que necesitó que Jesús lo tocara una segunda vez (Mr 8.22–26): la primera, vio a los demás como si fueran árboles que caminaban; y la segunda, recién pudo ver. O sería como María cuando fue al sepulcro (Jn 20.11–16). Ella también necesitó ver por segunda vez. La primera, vio al que cuidaba el huerto; y la segunda, se dio cuenta de que era el mismísimo Cristo resucitado.

Este libro se basa en la versión del Padrenuestro que encontramos en Mateo 6.9–13:

Ustedes deben orar así:

«Padre nuestro que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre,
venga tu reino,
hágase tu voluntad
en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan cotidiano.
Perdónanos nuestras deudas,
como también nosotros hemos perdonado a
nuestros deudores.
Y no nos dejes caer en tentación,
sino líbranos del maligno».

Esta oración aparece en medio de las enseñanzas de Jesús que se conocen como el Sermón del Monte (Mt 5–7).

La introducción

En esta sección explicaremos de qué se trata el Padrenuestro y la razón clave por la que aparece en el Sermón del Monte. Es imprescindible que leas primero esta introducción antes de pasar a las demás partes del libro.

Las partes

El resto del libro se ha organizado en tres partes: (1) La vida de Jesús; (2) La muerte de Jesús; (3) La resurrección de Jesús. Cada una recurrirá a pasajes del evangelio para ilustrar y aclarar cada frase del Padrenuestro. Cada parte nos ayudará a oír y comprender el Padrenuestro de una nueva manera.

Los pasajes del evangelio que hemos elegido para la vida de Jesús (Lc 18.1–19.10), la muerte de Jesús (las Siete Palabras) y la resurrección de Jesús (Jn 20.11–29; 21.1–23) representan el tiempo antes y durante su crucifixión y posterior a su resurrección. Así que, si bien las citas que usaremos provienen de todos los evangelios, se concentrarán en un periodo específico durante el ministerio de Jesús.

Las palabras y los hechos de Jesús contenidos en estos pasajes nos ayudarán a profundizar nuestra experiencia de predicadores en torno al Padrenuestro y a que logremos oírlo de una nueva manera. Cuando escuchemos el Padrenuestro en la vida, la muerte y la resurrección de Jesús, empezará a resonar en nuestras vidas y ministerios de predicación.

Los capítulos

Luego de haber leído la introducción, podrás pasar a los capítulos en cualquier orden o secuencia. Te darás cuenta del tiempo en que te encuentras y de lo que necesitas. Podrás leer cada uno como parte de tus devocionales diarios (para grupos o individuos) o, sencillamente, según tus gustos, eligiendo el que creas que te será de ayuda.

Lee con detenimiento y en voz alta

Cada capítulo empieza con una parte de las Escrituras. Nos concentraremos en esta.

- Lee las Escrituras con detenimiento y en voz alta.
- Cuando leemos las Escrituras con detenimiento y en voz alta, nos es posible concentrarnos en las palabras de una mejor manera. Así será menos probable que nos salteemos palabras, como sucede cuando leemos en silencio. De hecho, descubrirás lo valioso que es leer partes de las Escrituras en voz alta dos o tres veces antes de pasar al siguiente capítulo.
- Cuando hayas terminado tu lectura de las Escrituras, guarda un momento de silencio en la presencia de Dios. Calma tu corazón. Presta atención a su voz.

Los relatos

A lo largo de este libro te darás cuenta de que recurro a relatos que nacen de mis experiencias como predicador, pastor y maestro de predicación. ¿Por qué lo hago?

Una vez Jesús preguntó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que soy yo?» (Mr 8.27). Le dieron varias respuestas según lo que la gente decía de Él. Entonces, volvió a preguntarles, pero de una manera mucho más personal: «Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?» (Mr 8.29). Cuando los discípulos respondieron con las respuestas que los demás decían de Jesús, pudieron distanciarse y evadir el asunto. Demostraron que aún no querían comprometerse con alguna respuesta. Podían esconderse detrás de las respuestas de otros. Sin embargo, cuando les preguntó lo que *ellos* pensaban, la situación tomó un giro distinto. La respuesta que estaban por decir los comprometería. Su respuesta revelaría la manera en que se relacionaban con Jesús. Su pregunta los acercaría de una manera mucho más íntima y profunda.

La razón por la que recurro a relatos de mi vida es para ofrecer una respuesta a las citas de las Escrituras que se usan en este libro. Durante el proceso de reflexión sobre ellas, me es necesario ofrecer respuestas. Las Escrituras me preguntan: «Y tú, ¿quién dices que soy yo?», y como

resultado de ello, me atraen con mayor proximidad y profundidad. Los relatos que comparto son mis respuestas, que espero te ayuden a acercarte más a las Escrituras. Los comparto para que tú también puedas compartir tus propios relatos en respuesta a la pregunta de Jesús: «Y tú, ¿quién dices que soy yo?». Ofrezco mis relatos a manera de invitación para que puedas recordar los tuyos en respuesta a las Escrituras y el Padrenuestro. Deseo que cuando lo hagas puedas experimentar al Autor de la vida y la huella que dejará en ella.

Introducción

El Padrenuestro

Ver y oír

Mateo 6.9–13

Ustedes deben orar así:

«Padre nuestro que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre,
venga tu reino,
hágase tu voluntad
en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan cotidiano.
Perdónanos nuestras deudas,
como también nosotros hemos perdonado a
nuestros deudores.
Y no nos dejes caer en tentación,
sino líbranos del maligno».

Veamos ahora el lugar, el poder y el propósito del Padrenuestro.

¿Me ves? ¿Me oyes?

Cuando Jesús enseña el Padrenuestro, lo ubica en el contexto de las costumbres judías respecto a cómo llevaban a cabo tres actividades religiosas: ofrendar, orar y ayunar (Mt 6.1–8, 16–18). Ciertas personas

de aquella época realizaban estas actividades tan solo para ser vistas y oídas por los demás. Querían que sus buenas obras fueran oídas y vistas por todas las personas. Así que, cuando ofrendaban para los pobres, lo anunciaban en las sinagogas y en las calles. Deseaban que sus buenas obras fueran vistas por toda la gente. Por ello, cuando oraban, lo hacían de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles. Si ayunaban, sus rostros demacrados lo revelaban todo de una manera obvia. Jesús les dijo que eran unos hipócritas y que ya habían recibido su recompensa: haber sido vistos y oídos por todos. Se sentían reconocidos por aquellos que habían comprobado su supuesta devoción a Dios. Cuando Jesús ofrece estos ejemplos de obras espirituales, exhibe aquellos deseos humanos que están presentes en todos nosotros, en cierto grado u otro:

1. Quiero que todos me vean.
2. Quiero que todos me oigan.

Desde los más extrovertidos hasta los más cohibidos, la gente guarda aquel sentimiento de querer saber que son conocidos. Los ejemplos de Jesús también exhiben que, en el intento por ser vistos y oídos, nos enfrentamos a tres preguntas:²

1. ¿A quién quiero impresionar?
2. ¿Qué recompensa o gratificación quiero lograr?
3. ¿Quién quiero llegar a ser?

Las personas a quienes Jesús describe en Mateo 6 quieren impresionar a los demás; la gratificación es recibir la admiración de estos, y en el proceso se han vuelto hipócritas. De hecho, Jesús dice que algunas de sus oraciones son como las de los paganos (Mt 6.7). Entonces, ¿qué de nosotros? Efectivamente, sufrimos del mismo deseo o necesidad de ser vistos y oídos. Este deseo no es algo malo, pues revela la necesidad humana de recibir dignidad, respeto y la seguridad de que pertenecemos a una comunidad social. Estos deseos no son pecaminosos en sí mismos, pero sí puede serlo el modo en que buscamos satisfacerlos. Los ejemplos de Jesús nos ilustran las

² Al final de cada capítulo se incluyen preguntas adicionales. Además de ellas, puedes repasar estas tres preguntas cuando lo desees.

maneras nada saludables que la gente usa para satisfacer aquellos deseos.

La forma en que la gente nos ve y oye como predicadores

Nuestras vidas de predicadores están en la vitrina pública. La predicación exige que se nos oiga y vea. Cuando hablamos y hacemos algo, sucede a oídos de una comunidad de personas. Según el contexto respecto a las descripciones de Jesús acerca de los hipócritas en Mateo 6, tenemos el reto de examinarnos y determinar a quién queremos impresionar, qué sentimientos de gratificación esperamos recibir y en quiénes nos estamos convirtiendo. El reto consiste en formar parte de un ministerio que se vea y oiga, pero evitando que nos convirtamos en hipócritas. Mientras reflexionamos respecto a estos retos, Jesús nos ofrece una manera de examinar, explorar y expandir nuestras vidas: el Padrenuestro (Mt 6.9–13). Contrariamente a lo que hacían los hipócritas en Mateo 6, Jesús aconseja a sus discípulos que vayan a sus habitaciones, cierren la puerta y oren al Padre «que está en lo secreto» (Mt 6.6). Exhorta a sus discípulos a que cumplan obras de justicia en secreto: «Así tu Padre, que ve lo que se hace en secreto, te recompensará» (Mt 6.4, 6, 18). Luchar con el Padrenuestro en tu cuarto y con la puerta cerrada quizá sea uno de los hábitos espirituales más importantes como predicador. Orar el Padrenuestro es la mejor manera de ser visto y oído por la mejor persona que existe: nuestro Padre celestial. El Padrenuestro «nos libera de aquella ansiedad universal que aqueja el corazón. Nos libera de la ansiedad respecto a si estamos orando de una manera que le agrada a Dios».³ El Padrenuestro nos asegura que Dios nos ve y nos oye.

Una oración muy conocida

Conocemos muy bien el Padrenuestro. Para algunas personas, quizá esta oración se haya vuelto demasiado conocida, por lo que ha perdido su efecto. Me encontraba preparándome para dirigirme al

³ Johnson, *Fifty–Seven Words*, 13. Énfasis en el original.

público en una conferencia de la iglesia, y había decidido usar cinco sesiones de una hora en torno al tema del Padrenuestro. Antes de la conferencia, me encontré con participantes que cuestionaron mi tema de conversación. Uno de ellos fue directo: «Pensé que la iglesia ya conoce el Padrenuestro. ¿Cuál es la razón de hablar de ello?». Le respondí: «Justamente de ello se trata. Lo conocemos, creemos que lo conocemos y, sin embargo, no lo conocemos». Me volvió a preguntar: «Y entonces, ¿de qué vas a hablar?». Me tomé unos segundos antes de responder. A estas alturas ya llevaba muchos años estudiando el Padrenuestro y luchando con su contenido. Muchas respuestas se me vinieron a la mente. Decidí elegir la que había estado dominando mi pensamiento: «Es urgente que lo hagamos». Lo más común que me ha tocado oír es el Padrenuestro como si fuera un maullido de gato. Sin embargo, se trata de la oración que nos fue enseñada por el León de la tribu de Judá y debe sonar como un rugido. Esta oración es fuerte y exigente.

Una oración del Éxodo

En el Evangelio de Mateo, en el registro del Sermón del Monte, Jesús sube a la montaña, se sienta en la ladera y empieza a enseñar al pueblo (Mt 5.1–2). Se trata de un reflejo del pasaje cuando Moisés recibe la ley en el monte Sinaí y enseña al pueblo de Israel (Éx 19–23). Jesús aparece como el nuevo Moisés que trae una nueva ley y dirige al pueblo hacia un nuevo éxodo. Ahora que enseña su nueva ley, enseña también una nueva oración que se encuentra en medio de esta ley: una oración del éxodo. Se trata de una oración que le pide a Dios que nos libere, incluyendo al mundo, de todo lo que nos esclaviza. Lo importante de esta oración se hace evidente porque se ubica en medio del Sermón del Monte (Mt 5–7). Funciona como si fuera un espejo ubicado en el centro de ese sermón. Todo lo que Jesús dijo antes del Padrenuestro se refleja después. Observemos la manera en que se manifiesta esto:

Jesús y las multitudes (Mt 5.1–2)

Los dichosos (Mt 5.3–12)

El mundo los ve y he venido a cumplir la ley y los profetas
(Mt 5.13–20)

Vivir según la ley de Cristo (Mt 5.21–48)

Ofrendar y orar delante de Dios (Mt 6.1–6)

El peligro de las oraciones vanas (Mt 6.7–8)

El Padrenuestro (Mt 6.9–13)

El peligro del falso perdón (Mt 6.14–15)

El ayuno para Dios (Mt 6.16–18)

Vivir según la voluntad de Dios (Mt 6.19–7.6)

Resumen de la ley y los profetas y Dios nos oye y ve
(Mt 7.7–12)

Los que serán juzgados (Mt 7.13–27)

Jesús y las multitudes (Mt 7.28–8.1)

El Padrenuestro es el Sermón del Monte, pero en formato de oración. Lo que este enseña y exige ha sido resumido en esa oración por excelencia. No solo nos asegura que Dios nos verá y oirá; también nos guía en nuestro intento por impresionar al Padre celestial, por lograr de Él alguna recompensa y aspirar a volvernos la persona que nos ha llamado a ser.

Una oración urgente

Una de las oraciones más comunes es la petición.⁴ Se trata de reconocer que tenemos la constante necesidad de la obra y la palabra de Dios en nuestra vida. Cuando presentamos una petición delante de Él, le pedimos lo que necesitamos. Reconocemos que no tenemos poder ni control sobre nuestras vidas, y que nos volvemos a Dios para que obre y se manifieste. Cuando le pedimos, le decimos: «Señor, tú y yo estamos

⁴ Por ejemplo: «No se inquieten por nada; más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios y denle gracias» (Fil 4.6).

relacionados». La petición es la clase de oración que más comúnmente oramos a menudo, la que realizamos cuando con humildad reconocemos que somos seres inferiores y que Dios es superior. Sin embargo, las palabras y las frases (las peticiones) que conforman el Padrenuestro son sorprendentemente directas. El lenguaje es directo y firme. Cada parte de la oración es más un mandato que una petición o solicitud.⁵ En el tiempo y la cultura en los que Jesús la enseñó, nadie se hubiera dirigido a sus superiores de la manera directa en la que el Padrenuestro se dirige a Dios.⁶ Sin embargo, Cristo nos anima a orar al Padre celestial justamente de esta manera directa.

Las primeras tres peticiones (santificado sea tu nombre; venga tu reino; hágase tu voluntad) han sido escritas de una manera en la que proclamamos con reverencia que solo Dios puede cumplir lo que se dice.⁷

Si bien es cierto que la primera parte suena a mandato, no se le dice a Dios exactamente lo que debe hacer. El sentido es más como «Padre, esto es lo que debe suceder y solo tú lo puedes hacer. Así que, Padre, solo tú puedes santificar tu nombre; solo tú eres capaz de hacer que tu reino venga; y solo tú puedes cumplir tu voluntad en la tierra. Nosotros somos incapaces de hacerlo; por ello, te necesitamos». Las primeras tres peticiones son una combinación de reverencia, claridad y dependencia. Esta parte de la oración dice: «¡Que sea hecho!».⁸

La segunda parte (danos; perdónanos; no nos dejes caer; líbranos) se vuelve más directa y firme. La oración está llena de energía, pasión, intensidad y desesperación. Considera esto. Las palabras del Padrenuestro son peticiones que en realidad son mandatos; en términos gramaticales, son imperativos que exigen algo. De este modo, por ejemplo, las cuatro últimas peticiones del Padrenuestro tienen la misma intensidad que los gritos de los discípulos cuando estaban aterrorizados en la barca en medio de la tempestad (Mt 8.25), cuando

⁵ Johnson, 19–21. Las observaciones en cuanto al lenguaje y los verbos del Padrenuestro aparecen en la mayoría de los comentarios bíblicos. Johnson ofrece un resumen sencillo y útil de las investigaciones sobre el Padrenuestro. Me he referido a su labor de investigación para esta parte del capítulo.

⁶ Johnson, 19–20.

⁷ Scaer, *Sermon on the Mount*, 162 y 163.

⁸ Johnson, *Fifty-Seven Words*, 21.

Pedro clamó a Jesús al hundirse en el agua (Mt 14.30) y cuando la mujer cananea le rogó a Jesús que sanara a su hija endemoniada (Mt 15.22).⁹ Es decir, el Padrenuestro se entona con la misma fuerza que si tuviéramos que clamar «¡Señor, sálvame!» (Mt 14.30) y «¡Señor, Hijo de David, ten compasión de mí! Mi hija sufre terriblemente por estar endemoniada» (Mt 15.22). Por ello, si la primera parte del Padrenuestro dice «¡hágase!», la segunda parte dice «¡hazlo!».¹⁰

Las peticiones del Padrenuestro

Casi siempre oramos el Padrenuestro de corrido y sin detenernos en ninguna de sus partes. Es la manera correcta y adecuada; sin embargo, está conformado por ocho partes. Cada parte es una petición en sí misma; cada una rebasa de significado e importancia y da a conocer algo de Dios y de nosotros; cada petición profundiza nuestra relación con Dios y revela su amor por nosotros y este mundo. Si nos detuviésemos un poco y nos concentrásemos cada vez que oramos el Padrenuestro, se enriquecería nuestra experiencia y comprensión de Dios. La vida es ocupada y frenética, y oramos de la misma manera y ritmo. Cuando oramos el Padrenuestro más lentamente y con un espíritu de quietud, logramos conocer y experimentar a Dios de una mejor manera.

Hay mucho que decir acerca de las ocho peticiones del Padrenuestro. Sin embargo, por ahora nos limitaremos a compartir tan solo una observación clave para cada una. El resto del libro estudiará cada petición desde una variedad de ángulos.

Padre nuestro que estás en el cielo

El Evangelio de Mateo fue escrito en primer lugar para creyentes judíos. Cuando Jesús dijo que orasen «Padre nuestro que estás en el cielo», los presentes en el Sermón del Monte tenían una sola cosa en mente: Padre del éxodo. Aquella gloriosa parte de la historia de Israel fue la primera vez en la que se encontraron con Dios en calidad de «Padre» (Éx 4.22). Tal como mencionamos anteriormente en este capítulo, el Evangelio de Mateo presenta a Jesús como el nuevo Moisés que da una nueva

⁹ Scaer, *Sermon on the Mount*, 169.

¹⁰ Johnson, *Fifty-Seven Words*, 21.

ley y dirige al pueblo hacia un nuevo éxodo. Ahora que Cristo enseña una nueva ley, también ofrece una nueva oración que será la esencia de aquella nueva ley: una oración del éxodo. «Padre nuestro que estás en el cielo» es el Padre del éxodo, el Padre que nos libera de lo que nos ha mantenido esclavizados.

Santificado sea tu nombre

Esta petición nos recuerda aquellos mandamientos respecto a no tener dioses delante del Padre celestial, de no fabricarnos ningún ídolo, y de no usar el nombre de Dios en vano (Éx 20.3–7). Además, saber el nombre de alguien significa que lo conocemos personalmente y que nos ha dado a conocer su carácter. Saber el nombre de alguien significa que podemos acercarnos a él. Oramos «santificado sea tu nombre» porque reconocemos el amor de Dios para con nosotros, disfrutamos su cercanía y deseamos vivir según la bondad de su carácter.

Venga tu reino

En esta parte oramos que el reino de Dios se haga más visible y presente en nuestro mundo, y esperamos con ansias el mundo venidero. La felicidad y las exigencias del reino nos ofrecen consolación y nos desafían respecto al lugar que ocupamos en el mundo. Orar esta parte significa que vivimos como ciudadanos del reino y que practicamos la justicia, amamos la misericordia y nos humillamos ante Dios (Mi 6.8).

Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo

Esta petición reúne las primeras tres peticiones exigiendo y declarando que nuestro soberano Dios impone su voluntad en la vida de este mundo. Cuando oramos esta petición, se nos confronta con las inesperadas formas en las que la voluntad de Dios se manifiesta, así como con la participación y obediencia que exige de nosotros.

Danos hoy nuestro pan cotidiano

Esta parte significa «danos hoy las bendiciones de mañana». Pedimos una doble bendición, y el pan cotidiano puede referirse tanto a las necesidades físicas como a las espirituales. Esta petición apela a la extraordinaria generosidad de Dios. Los estudiosos de la Biblia han mencionado que se trata de la única petición donde lo que se pide

aparece al principio de la petición. En el texto original se lee así: «el pan nuestro, para mañana, dánoslo hoy».¹¹

Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores

Se trata del único lugar en todo el Nuevo Testamento donde el pecado se relaciona con las deudas (como si fuera un préstamo de dinero que crece debido a los intereses). La idea es que aquella deuda que crece y que debemos pagársela a Dios, Él la cancela; y podemos bendecir a los demás cuando cancelamos la deuda que ellos tienen con nosotros. La parábola del siervo despiadado (Mt 18.21–35) es la que mejor ilustra esta petición.

Y no nos dejes caer en tentación

Esta petición le ruega al Padre celestial que no permita que fallemos. Somos débiles y por momentos nos encontramos en situaciones (o nos metemos en ellas) donde caemos en tentación (p. ej.: Pr 7; 1Co 10.13). Le rogamos a Dios que nos proteja de nuestras tendencias humanas hacia la infidelidad.

Sino líbranos del maligno

La oración empieza con «Padre nuestro que estás en el cielo» y culmina pidiéndole que nos libre del padre de las mentiras. Tenemos un adversario, y lo único que quiere es robar, matar y destruir (Jn 10.10). Todas las anteriores siete peticiones bajo la poderosa mano de Dios logran desarmar al maligno y nos conducen a nuestra liberación y plenitud de vida (Jn 10.10).

Si tan solo pudieras orar una sola oración

Una vez prediqué un sermón en el que le dije a la congregación: «¿Me pregunto qué pasaría si el Padrenuestro fuera la única oración que pudiésemos orar?». Me puse a pensar qué sucedería si por una hora, una

¹¹ Scaer, *Sermon on the Mount*, 172. Nota del traductor: la traducción literal que ofrezco del texto original no concuerda con la bibliografía porque sencillamente esta refleja una traducción al inglés del griego koiné.

semana o un mes, fuese la única oración que orásemos. ¿Qué pasaría si solamente orásemos el Padrenuestro palabra por palabra, sin añadir ni quitar las palabras de Jesús? ¿Consideraríamos que su contenido sería suficiente para tratar los asuntos que necesitamos orar? ¿O lo hallaríamos demasiado breve o incluso podría limitar nuestra relación con Jesús? Quizá habría otros asuntos que quisiéramos mencionar en nuestra oración y que no se tratan en el Padrenuestro. Sin embargo, los temas y asuntos que sí aparecen en esta breve y profunda oración comunitaria abordan todo acerca de la vida y la fe. Por ejemplo:

La adopción: Padre nuestro que estás en el cielo

La adoración: Santificado sea tu nombre

La esperanza: Venga tu reino

El sometimiento: Hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo

La provisión: Danos hoy nuestro pan cotidiano

La sanidad: Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores

La fidelidad: Y no nos dejes caer en tentación

La protección: Sino líbranos del maligno

Durante los meses posteriores al sermón, empecé a oír anécdotas. Sin saberlo, cierto número de personas que lo habían oído decidieron poner en práctica el reto que les había presentado y empezaron a orar solamente el Padrenuestro. Algunos tenían planeado hacerlo y otros tuvieron situaciones o problemas inesperados; sin embargo, en la crisis del momento, descubrieron que el Padrenuestro era la primera y única oración que recordaban. Lograron orar con pasión usando las mismas palabras del Padrenuestro. Luego llegaron a informarnos de experiencias de sanidad, de paz y de buenas decisiones. Nuestro Padre celestial había oído sus oraciones, vio su situación y les dio respuestas. La amplitud, altura y profundidad del Padrenuestro fue suficiente.

El Padrenuestro y la vida, muerte y resurrección de Jesús

Hemos tratado el contexto del Padrenuestro y la manera en que Jesús lo usó para contrastar las obras espirituales de aquellos que deseaban ser vistos y oídos por los demás por razones de su imagen propia. Hemos

visto el modo en que refleja el relato del Éxodo y que se trata de una oración para el nuevo éxodo. Hemos hablado sobre la manera en que el Padrenuestro se ubica en medio del Sermón del Monte y ofrece un resumen en forma de oración. Hemos notado que las palabras y frases de la oración manifiestan urgencia, firmeza e intensidad. Hemos observado que, si tuviésemos que orar tan solo una oración, el Padrenuestro sería más que suficiente. Con todo esto en mente, este libro nos da la oportunidad de responder a la invitación de Jesús: «Entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto. Así tu Padre, que ve lo que se hace en secreto, te recompensará» (Mt 6.6). Allí tu Padre celestial te verá y oirá. Allí podrás examinar tu formación y fundamento de predicador. Allí podrás considerar las preguntas en torno a nuestros deseos de ser vistos y oídos: ¿a quién intento impresionar?, ¿qué recompensas deseo obtener?, ¿en quién me estoy convirtiendo?

Este libro no es simplemente una invitación para orar el Padrenuestro en el contexto de nuestra vocación de predicadores; es también un reto para que luchemos con su contenido. Para lograr ello, meditaremos profundamente en el Padrenuestro y buscaremos pruebas de su presencia en la vida, muerte y resurrección de Jesús. Prestaremos atención a la presencia del Padrenuestro en lo que dijo e hizo Jesús. Mientras examinemos su vida, muerte y resurrección, para poder detectar señales de esta oración, rogaremos para que su Espíritu nos examine a nosotros mismos. Esperamos poder experimentar la formación y el fundamento en Cristo. Que el Padrenuestro se refleje cada vez más en nuestras vidas de predicadores.

Este libro está dividido en tres partes. En cada capítulo de cada parte, estudiaremos el Padrenuestro frase por frase para lograr demostrar la manera en que se oye en las palabras y las obras de Jesús. Asimismo, cada capítulo se concentrará en una petición del Padrenuestro en el orden que aparece y reflexionará sobre un pasaje del evangelio que repite la petición del Padrenuestro y que, a su vez, resuena en tu vida de predicador.

Primera parte: capítulos 1–8: El Padrenuestro visto en la vida de Jesús (Lc 18.1–19.10)

En Lucas 18.1–19.10, Jesús está próximo a Jerusalén y a su crucifixión. En esta parte, cada petición del Padrenuestro concuerda con el ministerio de Cristo en esta sección del Evangelio de Lucas. Este

apóstol no ha querido ordenarla para que siga la misma estructura del Padrenuestro; sin embargo, las obras y dichos de Jesús en este segmento de las Escrituras nos ofrecen un asombroso material que nos permite escuchar el Padrenuestro en su vida.

En esta primera parte del libro, la secuencia de las peticiones del Padrenuestro se ceñirá al orden de los hechos en Lucas 18.1–19.10.

Segunda parte: capítulos 9–16: El Padrenuestro visto en la muerte de Jesús (las Siete Palabras)

Aquí cada petición del Padrenuestro concuerda con cada una de las Siete Palabras, y una de estas peticiones corresponde con la información de que fue clavado en la cruz. Prestaremos atención al Padrenuestro en la muerte de Jesús.

Tercera parte: capítulos 17–24: El Padrenuestro visto en la resurrección de Jesús (Jn 20–21)

El registro que Juan ofrece de los encuentros de la resurrección ofrece información que nos permite prestar atención a cada petición del Padrenuestro. En esta parte, seguiremos el orden de esta oración en lugar de la secuencia que aparece en Juan 20–21.

Cuando prestemos atención al Padrenuestro de esta manera, descubriremos que logrará reverberar desde tu vida y ministerio de predicador. Ruego a Dios que te permita saber que Él te ve y te oye y desea recompensarte (Mt 6.6), y que te permita desarrollarte como el predicador que has sido llamado a ser.

Padre nuestro que estás en el cielo,
 santificado sea tu nombre,
 venga tu reino,
 hágase tu voluntad
 en la tierra como en el cielo.
 Danos hoy nuestro pan cotidiano.
 Perdónanos nuestras deudas,
 como también nosotros hemos perdonado a
 nuestros deudores.
 Y no nos dejes caer en tentación,
 sino líbranos del maligno.

Primera parte

*El Padrenuestro
tal como se oyó
en la vida de Jesús*

LUCAS 18.1–19.10

Padre nuestro que estás en el cielo

Oración para predicadores que deseen orar

Lucas 18.1-8

Jesús les contó a sus discípulos una parábola para mostrarles que debían orar siempre, sin desanimarse. Les dijo: «Había en cierto pueblo un juez que no tenía temor de Dios ni consideración de nadie. En el mismo pueblo había una viuda que insistía en pedirle: “Hágame usted justicia contra mi adversario”. Durante algún tiempo él se negó, pero por fin concluyó: “Aunque no temo a Dios ni tengo consideración de nadie, como esta viuda no deja de molestarme, voy a tener que hacerle justicia, no sea que con sus visitas me haga la vida imposible”».

Continuó el Señor: «Tengan en cuenta lo que dijo el juez injusto. ¿Acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a Él día y noche? ¿Se tardará mucho en responderles? Les digo que sí les hará justicia, y sin demora. No obstante, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?».

Juan 1.18 dice: «A Dios nadie lo ha visto nunca; el Hijo unigénito, que es Dios y que vive en unión íntima con el Padre, nos lo ha dado a conocer». En esta parábola Jesús da a conocer al Padre celestial de una manera inesperada. Lo hace contando una historia, la cual explora la

manera en que nosotros, que vivimos en un mundo injusto, podemos hablar con nuestro Padre celestial. Sin embargo, este mundo no solo se caracteriza por la injusticia; también está lleno de promesas. Justo antes de esta historia, leemos acerca del reino de Dios que viene en su plenitud y junto a él viene también el Hijo del hombre (Lc 17.20–37).

Entonces, el mensaje de Lucas 18.1–8 consiste en seguir orando y no perder el ánimo. Para que podamos entender ello, Jesús nos cuenta una historia como la de David y Goliat.

Había una vez en cierto pueblo una persona muy débil y desamparada (una viuda) que tuvo que enfrentarse a otra persona muy poderosa y que no temía a Dios (un juez injusto). En realidad, la viuda tuvo que enfrentarse a *dos* gigantes como Goliat: la persona que era su adversario y el juez que actuaba como adversario. Su situación era desalentadora.

La viuda sufría la injusticia, y la única persona que podría otorgársela ignora a Dios y a todos los demás. La viuda desamparada necesita la ayuda de un juez poderoso, porque su adversario es poderoso. El problema de la viuda es, en el mejor de los casos, que se tardan y, en el peor, que la ignoren.

¿Qué puede hacer?

¿Qué harías *tú*?

Jesús quiere saber (Lc 18.8)

Padre nuestro que estás en el cielo.

El propósito de esta historia es motivarnos a orar y a no darnos por vencidos (Lc 18.1), ¿pero lo haremos? Es fácil darse por vencido cuando las respuestas a nuestras oraciones se tardan o creemos que han sido ignoradas. Sin embargo, el peligro consiste en quedarnos callados y rendirnos frente a las fuerzas poderosas.

La viuda es nuestro modelo para imitar, pues, aunque represente a los débiles y desamparados de la sociedad, también representa la fe como la semilla de mostaza. No se rinde y, al final, el juez ordena que reciba justicia; pero este juez no es alguien bondadoso; es la imagen de la falta de fe en Dios y en los demás. Es difícil describir una imagen más desalentadora que esta. Este juez es muy egoísta. La situación es insólita. Se trata de alguien que ha recibido el encargo divino de administrar justicia al pueblo de Dios; sin embargo, no le importa la fuente de su autoridad ni tampoco la gente a la que debe servir. Asimismo, son

deshonestas las razones por las que finalmente decide cumplir con sus obligaciones. Lo único que quiere es que lo dejen tranquilo y le preocupa que la viuda le haga la vida imposible. Sus palabras suenan a que tiene temor de que ella lo ataque primero (Lc 18.5), por lo cual atiende su solicitud. Pero esta no es la parte más alarmante de la historia, sino lo que sucede luego de que termina la historia.

Luego de que Jesús cuenta la historia, nos dice: «Tengan en cuenta lo que dijo el juez injusto» (Lc 18.6). Dado el hecho de que esta historia tiene el propósito de motivar a los seguidores de Cristo a que oren y no se den por vencidos, seguramente que debemos concentrarnos en la viuda y no en el juez. Sin embargo, no sucede así, pues Jesús dirige nuestra atención a este funcionario. Ahora que prestamos atención al personaje que representa el poder en la historia, meditamos en las oraciones que dirigimos al Padre celestial. Ahora que observamos a un personaje desagradable (el juez injusto), recordamos aquellos momentos de oración en los que nuestro Padre celestial se tarda en respondernos o, por lo menos, así nos parece. Ahora que vemos al juez injusto, nos cuesta entender uno de los principales temas del Evangelio de Lucas: el de las respuestas que tardan en llegar.

Esto funciona de la siguiente manera: esta parábola de Jesús es como una comparación; el elemento menor apunta al mayor. Si incluso un impío e inmisericorde juez (el menor) brinda justicia, mucho más la brindará nuestro Padre celestial (el mayor). A quienes sufren como la viuda, que clama a Dios día y noche, Jesús les dice que Dios no se comportará como el juez injusto que la ignoró (Lc 18.7-8). Contrariamente al juez de aquella historia, Dios hará justicia con prontitud. Así que, «Tengan en cuenta lo que dijo el juez injusto» (Lc 18.6) y luego consideren cuánto más hará nuestro Padre celestial por aquellos que claman «día y noche» (Lc 18.7).

Padre nuestro que estás en el cielo.

Si la viuda pudo lograr una respuesta de alguien como ese juez, ¿cuánto más podremos nosotros recibir respuesta de Alguien que no se le parece en nada a aquel funcionario?

Me pregunto si esta parábola ha logrado su efecto en tu vida. Jesús termina de contar la historia con una pregunta desafiante: «Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?» (Lc 18.8). La respuesta contiene muchos significados. Si nuestro Padre celestial no

es como el juez injusto, entonces ¿cuánto más debemos ser como la viuda? «No obstante, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?».

Jesús espera por una respuesta. Piensa bien antes de responder. Sé franco.

Lo que esta parábola hace es sacar a la luz la manera en que hablamos con nuestro Padre celestial. En realidad, prueba si, luego de que la justicia tarde en este mundo injusto, seguiremos hablando con nuestro Padre celestial. Esta parábola nos ausculta por medio de aquella antigua tradición bíblica en torno a la oración: «¿Hasta cuándo, Señor?».

Esta breve plegaria aparece muchas veces en la Biblia. De hecho, la necesidad de orarla se podría encontrar durante la esclavitud de los israelitas en Egipto. En Éxodo 2.23–25 leemos:

Mucho tiempo después murió el rey de Egipto. Los israelitas, sin embargo, seguían lamentando su condición de esclavos y clamaban pidiendo ayuda. Sus gritos desesperados llegaron a oídos de Dios, quien, al oír sus quejas, se acordó del pacto que había hecho con Abraham, Isaac y Jacob. Fue así como Dios se fijó en los israelitas y los tomó en cuenta.

Los esclavos israelitas y la viuda se parecen.

«¿Hasta cuándo, Señor?». Esta breve plegaria se encuentra en muchos salmos y en los profetas; incluso aparece una vez en Apocalipsis. La plegaria es el clamor de alguien que sufre injusticia y dolor en el mundo y un sentido de demora de parte de nuestro Padre celestial.

«¿Hasta cuándo, Señor?». Aunque las palabras exactas de esta plegaria no aparecen en esta parábola, sí hay un claro reflejo de ellas. La parábola nos exhorta a que apelemos a una oración como esta: «¿Hasta cuándo, Señor?», pero ¿qué nos revela esta breve plegaria? La parábola muestra que nuestras oraciones revelan lo que pensamos de Dios. A. W. Tozer dijo al respecto: «Lo que se nos viene a la mente cuando pensamos en Dios es lo más importante acerca de nosotros [...] por causa de aquella ley secreta del alma, tendemos a desplazarnos hacia nuestra imagen mental que tenemos de Dios».¹²

¹² Tozer, *Knowledge of the Holy*, 1.

Padre nuestro que estás en el cielo.

¿Qué se te viene a la mente cuando piensas acerca de nuestro Padre celestial? ¿En particular cuando parece que tarda en responderte?

Tu respuesta revelará la imagen de tu alma sobre nuestro Padre celestial.

Tu respuesta se encuentra en aquel tiempo cuando dejaste de orar y te diste por vencido.

Tu respuesta se encuentra en las oraciones que dices mientras preparas tu sermón y antes de que lo prediques.

Tu respuesta se encuentra en los pensamientos que tienes cuando predicas y luego no recibes las respuestas que esperabas de la congregación.

Tu respuesta se encuentra en las luchas que pasas cuando predicas acerca del Dios que nos habla y obra, pero que parece que guarda silencio y no hace nada en tu vida.

Pero ¿concuera tu respuesta con el Dios que nos ha mostrado esta parábola?

Padre nuestro que estás en el cielo.

Nuestras oraciones revelan lo que pensamos acerca de nuestro Padre celestial. Sin embargo, la parábola nos dice algo más: que revelan lo que somos. Nuestras oraciones revelan si somos como la viuda.

Hace unos años tuve la oportunidad de escuchar un sermón acerca de José cuando se encontraba en la cárcel luego de que el copero de Faraón se olvidara de él (Gn 40). José había interpretado de manera precisa y favorable el sueño del copero y le había pedido que no se olvidara de él; sin embargo, el copero fue dejado en libertad y se olvidó del pedido. El predicador usó este hecho para resaltar el carácter de José, para lo cual ofreció un resumen de la situación de esta manera: «Cuando algo tarda, revela lo que hay en el corazón». José y la viuda se parecen.

La historia de Job revela lo mismo. Luego de treinta y siete capítulos que narran su tragedia y sufrimiento, junto con el misterio de Dios y su manera de actuar, este finalmente se manifiesta desde la tempestad (Job 38–41). Dios cuestiona lo que acerca de Él han dicho Job y sus amigos, cuya perspectiva fue mostrada en el lapso entre lo que dijeron y la respuesta de Dios. Luego Job declara humildemente que no alcanza a comprender lo que dijo él y lo que antes había oído de Dios, pero que ahora lo ha visto (Job 42.1–6). Job y la viuda se parecen.

Nuestra parábola y su plegaria «¿Hasta cuándo, Señor?» cumplen el mismo efecto. La tardanza revela muchas cosas: revela lo que la persona que ora piensa sobre el carácter de Dios y también el propio carácter de esa persona.

Si la única enseñanza disponible acerca de nuestro Padre celestial estuviera basada en tu vida de oración, ¿qué aprendería la gente de ello?

El fundador de la iglesia donde serví como pastor desarrolló su labor a finales de la década de 1950 y los primeros años de 1960. Se llamaba Lewis y fue considerado un pastor amable, atento y muy querido. Cuando asumí el cargo de pastor de aquella iglesia, Lewis ya era anciano y vivía en una casa de retiro. Una mañana de domingo, justo antes del culto, recibí una llamada de teléfono mediante la cual se me informó que, aquella mañana, Lewis había muerto sin sufrir. Pude conversar por un momento con la persona que me había informado del suceso. Compartimos recuerdos de este amado hermano en Cristo. Sin embargo, la conversación culminó de una manera inesperada. Aquella persona me dijo: «Sabías que Lewis solía decir “La congregación siempre sabrá si su pastor ora por ellos”». Me quedé sin palabras. No sabía qué decir porque en aquel tiempo en mi ministerio no me parecía en nada a la viuda. No oraba y no lo había estado haciendo por un buen tiempo. Un extraño silencio se apoderó de la conversación telefónica. La persona al otro lado de la línea no tenía la menor idea de por qué había yo dejado de hablar. Finalmente, interrumpió el silencio y dijo: «En fin, te tengo que dejar». La lección de la parábola del juez injusto y la viuda insistente resonaba en mi mente. La conversación telefónica había causado mucho revuelo en mi alma.

Padre nuestro que estás en el cielo.

Y Jesús todavía espera una respuesta: «No obstante, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?»

¿Encontrará que tienes fe en nuestro Padre que está en el cielo?

Reflexión

Elige tres palabras que te describan cuando Dios tarda en responder a tus oraciones.

Oración

Padre nuestro que estás en el cielo.

Los cristianos, sean predicadores o no, están familiarizados con el Padrenuestro. Geoff New nos insta en este excelente estudio no sólo a reencontrarnos con la oración de Jesús, sino también a encontrarlo como un texto poderoso, que habla en forma directa acerca de las necesidades y anhelos del corazón humano. Sin lugar a dudas, el autor ha escrito pensando, principalmente, en los desafíos que con frecuencia enfrentan los predicadores tales como la incertidumbre y el desánimo y muestra cómo el Padrenuestro puede salir a nuestro encuentro en cada época de la vida cristiana. Historias de la vida y el ministerio del autor ilustran el mensaje de cada capítulo, y anima a los lectores a reflexionar sobre sus propias experiencias a la luz de la vida, la muerte y la resurrección de Cristo, reflejadas en las frases del Padrenuestro. Es un libro formativo, inspirador y desafiante. Valioso recurso para pastores, predicadores y líderes cristianos en general.

Convertirse en predicadores verdaderamente fieles del Evangelio no sucede de la noche a la mañana, sino, más bien, lleva tiempo y ocurre a lo largo de toda la vida. Es con esta convicción, nacida de su propia experiencia, lo que hace que Geoff New nos ofrezca una de cómo Jesús, el Gran Predicador, nos da forma y moldea a los predicadores para su gloria. El Dr. New nos lleva a lo más profundo del corazón de Jesús, especialmente, a quienes llama a unirse a él en su predicación. Recomiendo de todo corazón esta poderosa obra de sabiduría y gracia.

Darrell W. Johnson
Regent College, Vancouver, Canadá

Este es un libro fantástico y único. Para empezar, está lleno de ideas sobre pasajes muy conocidos y lo que es más importante, nos guía hacia una vida devocional sorprendentemente profunda y rica a partir de las Escrituras. Esto es vital para los predicadores, para quienes la Biblia puede convertirse en una mera "herramienta de trabajo". Geoff New nos proporciona una maravillosa inspiración para sostener incluso al más cansado de los ministros.

Mark Meynell
Director de Langham Predicación para Europa y el Caribe



Geoff New es doctor en ministerio por el Australian College of Theology, luego de diecisiete años como pastor, está dedicado a la formación de pastores y líderes laicos, ofreciendo conferencias sobre predicación, atención pastoral y formación cristiana en Nueva Zelanda, es coordinador de estudios en el Centro Knox de Ministerio y Liderazgo en Dunedin, Nueva Zelanda, facilitador de Langham Predicación para el Sur de Asia y director de KiwiMade Preaching, ministerio que ofrece recursos y apoyo a predicadores en su país. Autor de *El arte de la predicación bíblica: vivir, escuchar y narrar las Escrituras* y *Descubrir a Dios en la predicación: la lectura orante y la reflexión espiritual en la preparación del sermón*, publicados por Ediciones Puma.

ISBN 978-612-5026-18-7



9 786125 026187

 **RECursos**
Langham
PREDICACIÓN



Religión-Estudios bíblicos-Predicación